

invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y de conocimiento (...) del reconocimiento, o, en último término, del sentimiento» (Bourdieu, 2000: 12)? Sin embargo, el sentimiento de impotencia, ante la compleja tarea que nos aguarda, no puede conducirnos a borrar el camino único de entrada.

Fátima ARRANZ LOZANO

José Manuel Robles (comp.)

El reto de la participación. Movimientos sociales y organizaciones: una panorámica comparativa

(Madrid, Ed. A. Machado, Col. Prágmata, 2002)

El libro está organizado en base a tres bloques claramente diferenciados entre sí, con cierta unidad y coherencia interior y desde una gran pluralidad de visiones teóricas. Se trata de una valiente apuesta por la multidisciplinariedad, perspectiva desde la que se analiza de forma comparada *el reto de la participación* que suponen los movimientos sociales.

Ya en la introducción, manifiesta el compilador José Manuel Robles su voluntad de que la «gama de enfoques presentes en el libro se interrelacione a través de una adición conceptual», de forma que queden destacadas sus

complementariedades. Para ello, la división del libro obedece al objetivo de descender desde lo general a lo específico, buscando así maximizar la claridad y la afinidad interna en cada uno de los bloques.

El primero de ellos analiza las relaciones entre los movimientos sociales y cuatro tópicos de la sociedad de este siglo embrionario: Nación, Estado, economía y globalización. Desde una perspectiva constructivista, Enrique Laraña y Esther Pascual abren este bloque proponiendo una sociología del riesgo centrada en el estudio de la acción social, vinculándola de este modo con la sociología de los movimientos sociales y, específicamente, con la noción de reflexividad aplicada a dichos fenómenos. Estas ideas son expuestas a partir del análisis discursivo de las controversias públicas y las movilizaciones suscitadas por una serie de organizaciones ecologistas contra nuevas tecnologías de incineración de residuos durante los años noventa.

En el segundo capítulo, Ramón Adell estudia el caso atípico que representan las movilizaciones contra el terrorismo de los últimos años para la disciplina de la sociología de la protesta. En primer lugar, el autor observa su (elevado) nivel de apoyo institucional y de los medios de comunicación, un hecho singular para un movimiento social. Por otro lado, se trata de unas protestas atípicas debido también a que el destinatario de las mismas no es el Estado, como suele suceder en los eventos de protesta protagonizados por los nuevos movimientos sociales, sino ETA. A partir de la constatación de estos hechos, Adell se pregunta en qué medida existe *espontaneidad* o se trata más bien de *inducción* lo que sucede en mayor medida en estas accio-

nes de protesta. Ello le lleva en último término a cuestionarse la existencia de un movimiento social como tal, preguntándose si no habría que hablar mejor de *campaña de movilización*.

Por su parte, Pedro Ibarra, Salvador Martí y Ricard Gomà sintetizan, en el que probablemente sea el capítulo más ambicioso de todo el libro, los principales elementos de su propuesta para renovar el marco conceptual y teórico de las formas de participación. En este sentido, en base a evidencia empírica de los casos de la solidaridad y el antimilitarismo, apuestan por el estudio de las *redes de acción colectiva crítica* y su influencia en las redes de políticas públicas, en cuyo terreno reubican los autores las estructuras de oportunidad política para la activación de estos actores, enfatizando su rol como agentes de producción simbólica, sus nuevos patrones organizativos y los cambios en el repertorio de confrontación que presentan.

La relación entre el proceso de globalización y los movimientos sociales es analizada por Benjamín Tejerina en cada una de las instituciones sociales donde se observa con mayor profundidad: la religión, la política y el trabajo. En concreto, el autor reflexiona acerca del modo en que el hombre moderno construye socialmente su identidad colectiva. Para ello, profundiza en el carácter reflexivo de la mundialización, proponiendo la necesidad de preguntarse por los agentes y prácticas sociales que sustentan las diferentes manifestaciones en cada una de sus dimensiones (económica, política y, especialmente, cultural). Tejerina ilustra dichas manifestaciones apoyándose en ejemplos extraídos de algunos de los movimientos más significativos de nuestros días: el

feminista, el ecologista, el MST, los grupos de apoyo a la rebelión zapatista, el movimiento de gays y lesbianas y los pertenecientes al ámbito de la solidaridad.

El segundo bloque del libro está dedicado específicamente al análisis de los nuevos movimientos sociales, con algunos estudios de caso centrados en el contexto español y otros que abordan movimientos concretos en su idiosincrasia individual, pero desde una panorámica más amplia.

Los movimientos denominados «antiglobalización» son objeto de investigación por parte de Jaime Pastor desde una aproximación que busca resaltar el contexto en el que surgen, sus rasgos comunes y su repertorio de acciones. Considera el autor que se trata de «un movimiento de movimientos», que tienen en común la búsqueda de un nuevo paradigma de la acción política colectiva a partir de la denuncia de los «efectos perversos de la globalización». Destaca también este capítulo las debilidades que todavía les caracterizan, en relación a su composición social, interétnica e intergeneracional, así como respecto a una carencia de objetivos y demandas intermedias entre la mera resistencia a la globalización neoliberal y la apuesta por «otro modelo» también global.

El trabajo de Víctor Sampedro parte de teorías neoinstitucionalistas para su análisis del movimiento antimilitarista español, el cual le sirve para detallar las estrategias de otros movimientos sociales a la hora de cuestionar agendas oficiales que han sido elaboradas sin tener en cuenta a la opinión pública. En concreto, tres son las opciones principales: abrir las insti-

tuciones a nuevos temas, reconducir las iniciativas oficiales y bloquear la implementación de las agendas existentes. La hipótesis esencial sostiene que el éxito de los movimientos sociales depende, en gran medida, de su capacidad para aprovechar o agravar los costes de un control ineficiente (e impopular) que excluye ciertas demandas de la agenda política durante un periodo de tiempo excesivamente largo, ampliando así la estructura de oportunidades políticas de los activistas.

Por su parte, Kerman Calvo ahonda en los distintos discursos de la identidad del movimiento gay en el caso español acerca del tema de la *diferencia homosexual*. Este capítulo muestra así la fluctuación del discurso existente en este terreno entre el discurso de la liberación individual, que aspira a destruir las categorías sociales, y el de la *comunidad gay*, que acepta que las lesbianas y los gays son una verdadera minoría. Por otro lado, advierte el autor de que, pese a desempeñar un papel destacado en el núcleo de la ideología de la identidad gay, el concepto de diferencia homosexual resulta hostil para otras formas de entender el activismo sexualmente disidente, representadas aquí por la teoría *queer*.

La aproximación al movimiento por el desarrollo y la solidaridad en la España de los años noventa es llevada a cabo por Ariel Jerez y Alejandro J. Romero. A partir de algunos elementos contextuales de orden político-institucional, los autores trazan la evolución histórica de este movimiento a lo largo de sus tres grandes campañas: la acampada promovida por la Plataforma 0,7 por 100 en el otoño de 1994, la presión política a la Ley de Cooperación en la primavera de 1998 y la Consulta Social para la Abolición de la Deuda

Externa durante las elecciones generales de marzo de 2000. El capítulo finaliza apuntando algunas tendencias de convergencia del movimiento de cooperación al desarrollo con las nuevas movilizaciones transnacionales del denominado movimiento antiglobalización.

En su estudio sobre el movimiento feminista, Ana de Miguel pone de relieve la trascendencia de la exclusión de las mujeres del proceso constituyente fundacional de las democracias, que en último término les llevaría en la actualidad a demandar el formar parte del proceso constituyente de un nuevo Contrato Social. Respecto a la evolución histórica del movimiento, distingue la autora tres etapas. En la primera (siglo XIX), el objetivo habría sido las políticas de inclusión en la esfera pública. En los años sesenta del siglo pasado, se buscaba establecer mecanismos sociales y políticos capaces de romper la dinámica excluyente del sistema patriarcal. Se trataba, pues, de redefinir la política. En la tercera etapa se constata la continuidad de la desigualdad sexual, por lo que se perseguirán políticas reivindicativas. Por último, la autora identifica en la actualidad nuevas definiciones de los marcos de referencia feministas y nuevas reivindicaciones para avanzar hacia una *sociedad paritaria*.

Teresa Martín Crespo analiza el movimiento ecologista español a partir de los presupuestos teóricos de la corriente del *proceso político*. Desde esta perspectiva, el capítulo se interroga acerca de los orígenes del movimiento, el modo en que se vieron afectados por la transición su organización interna, recursos, estrategias, intereses, metas y el perfil de sus miembros, así como los factores que lo han fortalecido en las

décadas de los ochenta y los noventa. Para responder a estas cuestiones, la autora realiza un detallado análisis histórico desde los años cuarenta hasta la actualidad, en el que se defiende la tesis de que el movimiento ecologista es un fiel producto de su entorno inmediato, destacando su rol como agente de cambio social, «aunque solo sea para predecir qué terminarán asumiendo en el futuro nuestros líderes políticos»

En cuanto al tercer bloque, en él se exploran algunos aspectos que determinan la organización de los movimientos sociales. Probablemente se trate del apartado más heterogéneo del libro, sin tener, por tanto, pretensiones de ofrecer una perspectiva uniforme de este tema. En la primera aportación al tercero de los bloques que conforman el libro, Antonio Madrid reflexiona de una forma particularmente aguda acerca de la institucionalización de la labor gratuita por parte del Estado y los efectos que ésta tiene en el modelo de bienestar al que se dirige. En este sentido, el autor denuncia la manipulación moral y política de la que es objeto el voluntariado en un contexto de políticas liberal-conservadoras que promueven el desarrollo de un *estado de la beneficencia* en el que las organizaciones sociales de solidaridad tienen un protagonismo cada vez mayor. Advierte asimismo acerca de la instauración de un *reformismo solidario*, el cual sería identificable por una «falta de voluntad política real de transformar las estructuras económicas y políticas que causan una parte importante de la miseria, pobreza y sufrimiento en el que viven las personas»

La psicología social tiene también su espacio en esta obra, en el capítulo de José Manuel Ro-

bles. Utiliza el autor la teoría de la atribución, que él mismo define como aquella «que estudia la forma en que los individuos en su vida diaria construyen explicaciones y determinan las causas de los acontecimientos que les rodean». Robles analiza desde esta teoría los mecanismos lógicos y hermenéuticos empleados por los miembros de organizaciones incipientes de movimientos sociales en su interacción y que concluyen con la articulación de los discursos y la construcción de la identidad de dichas organizaciones. Para ello, se ponen en relación conceptos como *conciencia de riesgo*, *reflexividad* y *marcos de significado* con la lógica atribucional. Robles ilustra estas ideas con el examen atributivo de una de las estructuras básicas de significado en la movilización contra la construcción de la planta incineradora de Valdealmogómez, lo que le permite enlazar esta reivindicación con aspectos culturales macrosociales.

El último capítulo del libro cuestiona que la explicación de la acción colectiva basada en la noción de identidad desarrollada por autores como A. Pizzorno sea opuesta o alternativa a la lógica de la elección racional. En este sentido, Rafael Serrano del Rosal e Isabel García Rodríguez apuestan por su integración en dicha lógica desde la perspectiva de la racionalidad limitada como opción metodológica, haciendo así posible la cobertura de una de sus principales debilidades o anomalías. Los autores se basan en la idea de que, aunque se den importantes cambios en el yo de un individuo a lo largo del tiempo, no existe una total discontinuidad de los mismos, por lo que debería rechazarse el argumento *pizzorniano* que observa una contradicción entre dicha idea de identidad y la lógica de la elección racional a la

hora de buscar elementos explicativos de la acción colectiva.

Como posible aspecto a criticar, debe subrayarse el hecho de que, entre tanta diversidad de perspectivas teóricas, no se nos haya presentado una conclusión integradora de los elementos complementarios de cada enfoque, especialmente en lo concerniente a los distintos bloques, tarea (compleja) que queda encomendada al lector, del que se requerirá, por tanto, una participación activa y reflexiva en la lectura de esta obra.

En definitiva, se trata de un libro indispensable para todo aquel interesado en el estudio de los movimientos sociales, la acción colectiva y las formas de participación ciudadana en el contexto del incipiente siglo XXI.

Javier ALCALDE VILLACAMPA

Enrique Santamaría

La incógnita del extraño. Una aproximación a la significación sociológica de la «inmigración no comunitaria»

(Rubí [Barcelona], Anthropos, 2002)

(Pensar las migraciones, pensar la sociología)
Desde mediados de los años sesenta han venido sucediéndose un conjunto de cambios deci-

sivos en los procesos migratorios internacionales y en el tratamiento sociopolítico que éstos reciben. En el caso particular de la Unión Europea, a partir de aquellas fechas se ha reorientado el conjunto de las directrices comunitarias de inmigración hacia una política generalizada de contención y cierre de fronteras —que, en realidad, contiene unas intenciones selectivas de movilización del trabajo migrante—, al tiempo que hemos asistido a una dinamización y una constante diversificación de los movimientos migratorios y también a la multipolarización de las redes migratorias, entre otros aspectos que podrían destacarse. En un contexto de impulso a la mundialización e intensa liberalización del capitalismo multicultural, todo ello ha hecho reaparecer con un nuevo rostro la figura social del extranjero —ahora encarnada en el «inmigrante» y, por antonomasia, en el «extra-comunitario»—, alcanzando una notoriedad en la escena política verdaderamente inopinada e inaudita. En nuestro país, la adquisición de esa relevancia es un fenómeno más tardío pero no menos agudo, como se puede percibir en los debates políticos entablados en los últimos años.

Sin duda, las migraciones transnacionales son fenómenos relevantes para entender la contemporaneidad que vivimos, pero también hay que advertir que cuando «el inmigrante» pasa a ser, como ocurre cada vez más en las pugnas políticas, el gran seudónimo y síntoma omnipresente de casi todos los malestares de los tiempos presentes o venideros, debiéramos entonces darnos cuenta de la quiebra, de la regresión y la inanidad profundas de la actividad política dominante. Y, como un testimonio de ello, ahí están la tiranía y miseria de las políti-